

sideraba como dos cosas casi incompatibles la retórica y la elocuencia. La única táctica legítima, en su sentir, es adoptar desde luego las ideas admitidas en general como evidentes, con la condición empero de limpiarlas insensiblemente de toda mezcla impura y conducir á los oyentes á lo esencialmente, verdadero, bueno y justo. «En todas las discusiones, dice Jenofonte, procedía por los principios mas generalmente reconocidos, persuadido de que era un método infalible. Así es que á nadie he conocido que supiese llevar mejor á sus oyentes á reconocer las verdades que quería demostrarles. Porque Ulises, decía, sabía deducir sus pruebas de las ideas admitidas por los que le escuchaban, Homero dijo de él que era un orador seguro de su causa (1).» Platon mezcló mucho sus propios conceptos con las ideas que había recibido de su maestro, para que podamos distinguir con certeza todo lo que hay verdaderamente socrático en sus diálogos, hasta en los mas socráticos. Conócese empero muchas veces que lo que dice el Sócrates del diálogo, Sócrates vivo pudo y debió decirlo. De seguro fué Sócrates mismo quien dijo aquellas palabras que Platon le pone en boca en el *Górgias*: «El buen orador, el que se conduce según las reglas del arte, se propondrá siempre este fin, la justicia, así en los discursos que dirija á las almas, como en sus acciones; y bien dé, bien quite algo al pueblo, lo dará ó quitará por igual motivo, dedicando sin cesar su talento á inspirar la justicia en el alma de los ciudadanos y desterrar de ella la injusticia; á fomentar en ella la templanza, y sacudir la destemplanza; en fin, á inocular en ella las virtudes, y excluir los vicios.»

(1) Jenofonte, *Memorias de Sócrates*, lib. IV, cap. VI.

El hombre que había desenmascarado á los sofistas, y consagrado su vida á la práctica de las virtudes, la investigación y enseñanza de la verdad; el hombre que creía que nada es el arte sin lo bello, ni la elocuencia sin lo justo, merecía mil veces beber la cicuta, y la bebió. Para acusarle se aunaron un poeta trágico sin talento, un ricacho malvado ó fanático y un impudente demagogo. Sócrates fué condenado; pero Melito, Anito y Liconte no mataron las ideas de Sócrates.

CAPÍTULO XXVIII.

Oradores de últimos del siglo V antes de Jesucristo.

DEMAGOGOS.—ESTADISTAS.—ANTIFONTE.—DISCURSOS ATRIBUIDOS Á ANTIFONTE.—ANDÓCIDES.—LÍSIAS.

Demagogos.

Así que Atenas se dejó inficionar por las enseñanzas de los sofistas, fué víctima de los demagogos, y los últimos años de Pericles, amargados por calamidades domésticas, lo fueron también momentáneamente por la injusticia popular. Estos nuevos jefes, por quienes el pueblo enloquecía, eran los oradores políticos enseñados por los sofistas. Así es que los sofistas dotaron á la tribuna ateniese de hombres como Cleonte, Hipérbolo, Liconte, á quien ya hemos citado y de otros muchos mas ó menos desacreditados en la historia, siendo algunos conocidos solamente por los sarcasmos de los antiguos autores cómicos. El único de estos oradores que al parecer se distinguió bastante por su talento, fué

Cleonte, quien tambien era sin duda el único que tenia valor ; pero Cleonte era un ambicioso sin principios, un hombre feroz y arrebatado ; y su elocuencia se resentia de la violencia de su carácter, al par que de la bajeza de su alma. Tenia ademán vehemente, y Plutarco dice en alguna parte que Cleonte fué el primer orador que al hablar abria su manto y se golpeaba el muslo. Valiase de cierta astucia impudente para ocultar la perversidad de sus designios y cohonestarlos con el interés general ; y su fecunda imaginacion, su jactancia militar, agradaban á los atenienses. Tucídides dice de Cleonte : « Era el ciudadano mas violento, y entre todos los oradores de entonces, el que mas complacia al pueblo por sus consejos (1). » A Cleonte le fué dado prevalecer hasta su muerte contra las personas mas honradas, y destruir casi todo el influjo político de Demóstenes y Nicias, los dos mejores generales de aquel tiempo, á quienes faltaba empero el poder oratorio. Los demás demagogos apenas fueron mas que revoltosos de baja esfera, hombres cuyo talento solo consistia en las picardías y sutilezas, no muy gastadas aun, de la sofística.

Estadistas.

Entre ellos no hemos de contar á Alcibiades ni á Cricias, quienes, con todos sus defectos y vicios, eran dos estadistas y no dos demagogos, dos verdaderos oradores y no dos habladores descarados ; á lo cual debemos añadir que no aprendieron en la escuela de los sofistas. Alcibiades se instruyó en los negocios en la casa de su tío y tutor Pericles. No sacó gran provecho de las lecciones de virtud que le dió Só-

(1) Tucídides, lib. III, cap. XXXVI.

crates ; pero se acordaba de sus lecciones de buen gusto. Hablaba con suma gracia y con muchísimo despejo ; y un leve defecto de pronunciaci6n, un tartajeo algo infantil, y hasta la vacilaci6n con que á veces buscaba la palabra propia, no impedian que se le escuchase con gusto, al paso que su gravedad aristocrática y sus insolencias de buen tono tenian el don de agradar á los atenienses. Pero para complacer al pueblo, ni siquiera necesitaba lucir sus dotes oratorias. Los atenienses se prendaron de él desde los primeros dias, y apenas manifestaba sus deseos, cuando al punto los veia satisfechos. Así es que no se cuidó de perfeccionarse en la elocuencia, y buscó sus triunfos en su juventud, gallardía, valor, riqueza y liberalidad.

Cricias, tirano y poeta elegiaco, era tambien discípulo de Sócrates. La ambicion le convirtió en hombre violento y sanguinario, en sofista cuando era menester, hábil en solapar los pensamientos mas detestables con generosas apariencias ; pero guardóse muy bien de usar el estilo y el modo de decir de los sofistas. Era ático puro, así por la sencillez de la elocuci6n como por el idioma. Su elocuencia, lo mismo que su poesía, era algo árida, sin que careciese de vigor y brillantez. Dejó discursos escritos, y merecia figurar en la lista de los oradores clásicos ; pero los críticos alejandrinos se acordaron seguramente de los vicios y crímenes del hombre, y condenaron al orador.

Antifonte.

Aun quedaban despues de Pericles algunos hombres de la precedente generacion, no postrados por la edad, quienes no eran sofistas ni ambiciosos, y en medio de aquella

corrupcion política perpetuaban las antiguas tradiciones del honor y de la virtud. Tal fué Antifonte, digno amigo de Tucídides y Sócrates. Nació en Ramnunta de Atica en 480. Lo mismo que Tucídides, durante la guerra del Peloponeso ejerció varias veces mandos militares. Créese tambien que fué arconte en 418. Era el alma del partido aristocrático. En 411 fué acusado y sentenciado á muerte, á la edad de sesenta y nueve años, so pretexto de traicion, por haber tratado de ajustar la paz con los lacedemonios. Su cadáver fué extrañado del territorio, su casa arrasada, sus hijos y su posteridad degradados de sus derechos cívicos. El discurso que Antifonte pronunció en su defensa era, segun dicen, una obra maestra; pero sus jueces eran sordos, y le habian condenado de antemano.

Tucídides hace un hermoso retrato de este elocuente y honrado varon (1). «Antifonte, dice, no cedia en virtud á ningun ateniense de su tiempo; sobresalía en pensar y en expresar sus pensamientos. Su reputacion de severo contribuyó á hacerle sospechoso al pueblo; pero para los que estaban procesados, ya ante los tribunales, ya ante el mismo pueblo, el apoyo de Antifonte valia por sí solo mas que todos los consejos.» Como se ve, Antifonte era orador judicial, aun mas que orador político. Habíase consagrado especialmente á la defensa de los acusados, y sobre la puerta de su morada puso esta inscripcion: *Aquí se consuela á los desgraciados*. Enriquecióse bastante, ejerciendo esta profesion, y tambien enseñando á la juventud los principios del arte oratoria que su talento, su experiencia y ante todo su alma le revelaran. Diz que á los cuarenta

(1) Tucídides, lib. VIII, cap. LXVIII.

años y mas, fué á la escuela de Górgias: sin duda iba, como Sócrates, para penetrar las vanidades de la sofistica, para aprender á precaver á sus discípulos contra los argumentos capciosos, y para confirmarse en sus graves y severos métodos. Los contemporáneos de Alcibiades apellidaban Nestor al respetable orador de la aristocracia; y el título de Ramnusiano llegó á ser sinónimo de hombre elocuente, merced á la elocuencia del ciudadano de Ramnunta. Antifonte desagradaba en alto grado á las nuevas generaciones, y sin embargo la admiracion triunfaba de las preocupaciones y de la ojeriza.

Discursos atribuidos á Antifonte.

Poseemos quince discursos atribuidos á Antifonte; pero la elevada idea que tenemos derecho á concebir de las obras que le merecieron la honra de figurar entre los grandes oradores, apenas permite considerar auténticos estos discursos. Son alegatos, y parece que tres de ellos no mas se pronunciaron en causas reales. Los otros doce son declamaciones de escuela, distribuidas en tres tetralogías: cada tetralogía se compone de cuatro discursos que versan sobre el mismo asunto. Es muy posible que estas doce defensas saliesen de la misma escuela de Antifonte, y sean las redacciones de algunos ejercicios de sus discípulos; pero en ellas no se entrevé mucho la mano del maestro. Las otras tres tampoco son muy dignas de Antifonte. En vano buscaríamos en ellas algo que tuviera visos de elocuencia; y en vez de la plenitud de pensamientos, de la gravedad y majestad cuyo secreto, segun dicen, enseñó Antifonte á Tucídides, en la diction y en el estilo abundan los defectos de

la escuela del Górgias, las antítesis, las desinencias simétricas, y todas las combinaciones de palabras y sílabas de que tanto se engreían los sofistas. La menos mala de las tres, la defensa para un mitileniense acusado de haber asesinado viajando á un tal Heródes, también adolece de ellos. Si este discurso es de Antifonte, forzoso es que Tucídides nos haya engañado, ó que el orador estuviese sujeto á muy extraordinarias caídas. El Ramnusiano escribiría para sus clientes discursos algo más patéticos y algo menos afectados que la defensa para Hélos de Mitilene. Por lo demás, poco nos importa la procedencia de este y los otros dos discursos, y especialmente de las tres tetralogías.

Andócides.

La vida de Andócides forma con la de Antifonte un sorprendente contraste. Nació en Atenas en 468. Su juventud pasó entre locas disipaciones, su edad madura entre intrigas de toda clase, y ni aun la vejez le dió cordura. Su talento le valió la autoridad que no podía adquirir con sus vicios. Fué uno de los ciudadanos encargados de negociar con Lacedemonia la paz de treinta años que precedió á la guerra del Peloponeso. En 415 se le complicó con Alcibíades en una acusación de sacrilegio, relativa á la mutilación de los Hermes y á la profanación de los misterios. Salió del paso acusando á su vez á otras personas en quienes no habían recaído sospechas, y aprovechando los privilegios concedidos á los denunciadores. En seguida se puso á correr mundo, y enriquecióse por toda clase de medios. Restituido á Atenas, fué expulsado por los Treinta, y no volvió á dicha ciudad sino con Trasíbulo. Mas adelante re-

novaron contra él la acusación de sacrilegio, y á los sesenta y ocho años tuvo que defender otra vez su amenazada vida. Entonces también se escapó; pero tomó el partido de ausentarse de su patria, donde casi todas las personas honradas eran enemigas suyas, y fué á morir en el destierro, seguramente en la isla de Chipre, cerca de su amigo el rey Evágoras, á quien había vendido por dinero constante una nieta del justo Aristides, su propia prima y pupila.

Este hombre despreciable y despreciado se trasformaba en la tribuna ó delante de sus acusadores, y á copia de talento hacia olvidar todas sus bajezas. Su elocuencia no era impetuosa ni tenía los sublimes arranques privativos de las grandes almas: era una corriente pura, cristalina, templadamente rápida; una perfecta claridad de exposición, un estilo no estudiado, sencillo, franco, el estilo de la escuela antigua, con cierto aroma de inocencia no muy propio de Andócides. Tal se nos muestra aun este orador en los cuatro discursos que nos quedan de los siete que escribió. Júzguese de ello por el exordio del alegato con que se defendió en el año 400 contra la acusación capital entablada por Cefisio y apoyada por Lísias.

« Conocidas os son, ciudadanos, las intrigas y las animosidades de mis enemigos, encarnizados en persecución mía desde mi regreso á Atenas, y fuera supérflua toda prolija reflexión sobre este punto. Me limito á una demanda justa, que os será fácil de conceder, y á mí muy preciosa. Pensad que al comparecer ante vosotros libremente, sin caución, sin previo encarcelamiento, me apoyo en el derecho y en vuestra equidad, seguro de que, lejos de de-

jarme ser víctima de mis enemigos , me arrancareis de sus manos con una sentencia conforme á las leyes y á vuestro juramento. En todas partes me repetian las palabras de esos hombres.—Andócides no aguardará que le juzguen; se alejará , huirá. Quién ! él , arrostrar un proceso peligroso , cuando puede irse , llevarse abundantes provisiones y volver á la isla de Chipre , donde tiene grandes haciendas , dadas por la munificencia de un príncipe ! ¿ Qué consideracion le detendria aquí ? ¿ No ve el triste estado de la república ?—¡ Cuán léjos están de mi corazon tales pensamientos , oh atenienses ! No , por mas goces que me ofrezca el extranjero , por mas abatida que se halle Atenas , no podria vivir léjos de mi patria ; que el título de ateniense me parece muy preferible al de ciudadano de las ciudades mas florecientes. Penetrado de estos sentimientos , pongo mi vida en vuestras manos.»

Lo demás del discurso *sobre los Misterios* es digno de este principio : Andócides se levanta hasta lo patético cuando refiere lo que pasó en la cárcel donde estuvo encerrado con sus deudos , y cómo le determinaron estos á hacer revelaciones. Tambien hay retratos de algunos enemigos suyos , trazados con maestría. Los demás discursos de Andócides , sin ser obras maestras , se distinguen por calidades análogas , y valen mucho , como el discurso *sobre los Misterios* , por los interesantes pormenores que contienen relativos á la historia contemporánea.

Lisias.

Aunque los alejandrinos le nombren con Antifonte y Andócides , Lisias es mucho mas conocido , no quizás porque

poseemos de él bastantes discursos , sino porque Ciceron ensalzó mas de una vez sus méritos. Nació en Atenas , en 459. Su padre Céfalo era un rico siracusano que hacia algun tiempo que vivia en Atica. Despues de la muerte de su padre , Lisias fué á domiciliarse con su hermano mayor Polemarco en Turies (Italia) , donde permaneció mucho tiempo , y no regresó á Atenas hasta el año de la muerte del orador Antifonte. Tomada Atenas por los lacedemonios , ambos hermanos fueron víctimas del odio de los Treinta. Confiscáronle sus bienes , y Polemarco tuvo que beber la cicuta. Lisias huyó á Megara con otros proscritos , y restituyóse á Atenas despues de la derrocion de la tiranía , siendo admitido por Trasíbulo en el número de los ciudadanos. Mas adelante le disputaron sus derechos , y por un mero defecto de forma los perdió sin poder recobrarlos nunca. Murió en 379 , á los ochenta años.

Lisias escribió mas de doscientos discursos ; pero personalmente solo pronunció algunos. Su condicion de extranjero no le permitia mezclarse activamente en los asuntos políticos , ni subir á la tribuna: escribia para otros , ó bien para ser leído. Los antiguos le apreciaban particularmente como á autor de alegatos. « Los que toman por modelo á Lisias , dice Ciceron en el *Bruto* , toman por modelo á un orador judicial , no por cierto muy rotundo y majestuoso , sino fino y elegante , y bastante sólido para sostenerse bien en las causas del foro.» En otro lugar repite Ciceron el mismo elogio y añade: «Ya casi se atreveria uno á llamarle orador perfecto.» Despues de hablar tambien Quintiliano de la finura y elegancia de Lisias , añade juiciosamente: «Si bastase para el orador explicar los hechos , nada ten-

driamos que buscar mas perfecto que Lísias , pues en él nada hay inútil , nada supérfluo : con todo , mas se parece á una fuente cristalina que á un gran rio.»

Los atenienses , tan celosos de su aticismo , reconocian en Lísias uno de los escritores áticos mas puros ; y este renombre hizo de él , en vida suya , un clásico , un autor á quien se estudiaba por la dición y por la exquisita eleccion de las palabras. Cumple empero decir que esta era casi toda la elocuencia de Lísias. Nada mas tibio y menos interesante que sus discursos , á no ser que en ellos se busquen noticias históricas ó particularidades gramaticales. Algunas narraciones bien hechas , en las que todo respira naturalidad y verosimilitud , son muy poca cosa para justificar á los que quieren ver en Lísias algo mas que un escritor de excelente estilo. Lísias no tiene siquiera aquella chispa de fuego oratorio que se nota en Andócides. Véase por ejemplo su acusacion contra Eratóstenes , uno de los Treinta , á quien atribuia la muerte de su hermano. Refiere las desgracias de Polemarco y las suyas casi con tanta frialdad como si contase la historia de hombres de los tiempos antiguos ; y cuando describe la sangrienta oligarquía de los Treinta , no halla uno de los acentos enérgicos que revelan una emocion verdadera. Si se observa eso en un discurso que pronunció el mismo Lísias , júzguese de lo que son unos alegatos compuestos para otros , ó unos discursos pomposos. Su *Oracion fúnebre de los guerreros de Atenas muertos en auxilio de los corintios* es insípida. No podemos acostumbrarnos á la idea de una elocuencia sin entusiasmo y sin lo patético. Lísias escribió para Sócrates , acusado , un discurso apologético que el filósofo rehusó. Si no supié-

semos los motivos de esta repulsa , nos inclináramos á suponer que Sócrates desconfiaba de la elocuencia de su amigo , y que no queria ser defendido por el frio acusador de Eratóstenes.

Impreso por primera vez lo que antecede , un catedrático de la Univeridad , M. Julio Girard , escribió una sábia é ingeniosa disertacion sobre el aticismo de Lísias. El Sr. Girard no se propone , contra la naturaleza , hacer de Lísias un prototipo de Demóstenes : insiste con razon en las verdaderas cualidades del escritor , en los servicios que Lísias prestó al buen gusto con sus ejemplos , en el encanto de su estilo y en la admirable pureza de su dición. Nada nos cuesta admitir los resultados de ese profundo estudio. Nosotros solo hemos dicho que Lísias no satisface la idea que tenemos derecho á formarnos de la elocuencia completa , del completo orador. El Sr. Girard tambien lo dice , pero con ciertas salvedades en favor del hombre por quien la elocuencia pudo alcanzar la perfeccion del estilo oratorio. Despues de exponer lo que distingue eminentemente el arte griego de la poesía griega : « La elocuencia ateniense , dice , si nos la representamos en su mas alto grado de perfeccion , ofrece los mismos caractéres de precision , hermosura y grandeza : es el concierto de un pensamiento justo y bello con una expresion justa y bella. Los atenienses disfrutaban pues dichosamente del poder de un idioma que expresa al punto , sin trabajo y sin rodeos , todas las bellezas , todos los primores del pensamiento que traduce , tan exactas son las relaciones de las palabras y las ideas , tan íntima es su union ; de forma que la armonía de las palabras hace percibir al mismo tiempo la armonía inmaterial de las ideas

que es la música del alma. En Lisias no se encuentra este ideal sublime: ni la índole de sus obras ni la de su entendimiento lo permitian; pero si á sus sucesores les fué dado algunas veces alcanzarlo, debieronlo en parte al hombre cuya elegante precision y graciosa sencillez no pudieron superar, teniendo que seguir la senda que primero trazara él de un modo cierto; y la lengua que les dejó poseía ya las cualidades mas esenciales al digno instrumento de la grandilocuencia. Solo faltó nutrir mas aquella elocuencia algo descarnada, y distribuir matices mas ricos y brillantes sobre aquella tinta suave y uniforme que en todo estaba repartida por igual. Dionisio de Halicarnaso compara las obras de Lisias con aquellas pinturas antiguas que carecian de los recursos de un arte mas adelantado, y no ofrecian aun la variedad de los colores, los efectos de luz y de sombra, ni la ciencia del colorido y de la perspectiva, pero que sin embargo admiraban por la correccion irreprochable del dibujo y la inimitable pureza de los contornos. O bien le recuerdan el talento ya delicado y gracioso del escultor ateniense Calámis, que pronto fué eclipsado por la flexibilidad mas entendida y la majestad mas valiente de Fídias. » Parécenos que no hay contradiccion alguna entre lo que acabamos de copiar y lo que mas arriba hemos dicho. En todo caso, para nosotros es una verdadera satisfaccion la de poder ofrecer al lector esta página tan sólida como interesante.



CAPÍTULO XXIX.

Jenofonte.

VIDA DE JENOFONTE.—JENOFONTE ESCRITOR.—OBRAS DE JENOFONTE.—TRATADOS FILOSÓFICOS, DIÁLOGOS, ETC.—COMPOSICIONES HISTÓRICAS.—ELOCUCIÓN DE JENOFONTE.

Vida de Jenofonte.

En el anterior capítulo hemos hablado de hombres en quienes ejerció Sócrates un influjo mas ó menos directo: hé aquí uno que fué su discípulo leal y adicto, su panegirista, y que merced á Sócrates fué un valiente, un filósofo, un varon de clarísimo entendimiento, un escritor grave, útil, exento de todos los defectos que á la sazón apreciaba el vulgo, si no dotado de un verdadero ingenio. Queremos hablar de Jenofonte, autor de tantas obras tan diversas y con tanta justicia estimadas.

Jenofonte, hijo de Grilo, nació en Erquia, aldea de Atíca, por los años de 445 antes de nuestra era. A los diez y ocho comenzó á seguir las lecciones de Sócrates, y pasó muchos siendo uno de sus oyentes mas asiduos. En 424, salvóle Sócrates la vida en la batalla de Delium. Impelido del espíritu aventurero y del deseo de instruirse, Jenofonte se puso á viajar á la edad de mas de treinta años, y acabó por entrar á servir á Ciro el Joven. Despues de la batalla de Cunaxa, dirigió la retirada del ejército de los Diez Mil, cuyos principales jefes habian perecido. Cuando entró en Aténas, Sócrates acababa de espirar. Jenofonte ya habia publicado algunos opúsculos: la muerte de su querido maestro